

Una historia de pingüinos



MINISTERIO DE
AMBIENTE



GOBIERNO DE LA
PROVINCIA DE
**BUENOS
AIRES**



AUTORIDADES

Gobernador de la Provincia de Buenos Aires
Axel Kicillof

Vicegobernadora
Verónica Magario

Ministra de Ambiente
Daniela Vilar

Jefe de Gabinete
Matías Fernández

Subsecretaria de Política Ambiental
Tamara Basteiro

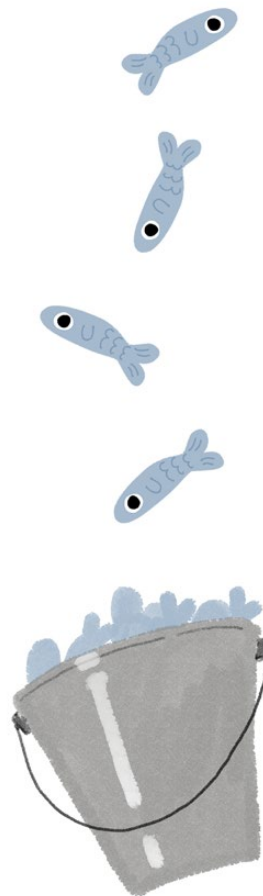
Directora Provincial de Educación
y Participación Ambiental
María Clara Cárdenas

Directora de Educación Ambiental
María Guadalupe López Graciano

MINISTERIO DE
AMBIENTE



GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE
BUENOS AIRES



APORTES

Texto: María Lorena Suárez, Lucía Szigety y Dirección Provincial de Ordenamiento Ambiental del Territorio y Bienes Comunes.

Directora de Diseño y Comunicación: Antonela Torretta.

Diseño tapa e interior: Tatiana Cuccaro.

Ilustraciones: Tatiana Cuccaro.

Diseño Adicional: Guillermo Ricciardi.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución – No Comercial – Compartir Igual 4.0 internacional

Ministerio de Ambiente de la Provincia de Buenos Aires

Calle 12 y 53 Torre II Piso 14
Buenos Aires, La Plata • C.P. 1900
Tel. (0221) 429- 5548
<https://www.ambiente.gba.gob.ar/>

MINISTERIO DE
AMBIENTE



GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE
BUENOS AIRES

Una historia de pingüinos



Era febrero, uno de los meses de más calor en Buenos Aires. La ciudad ardía. La gente usaba abanicos o se refugiaba en sus aires acondicionados para no achicharrarse.

Pero a unos pocos kilómetros, más precisamente en el mar argentino, un grupo de pingüinos nadaba desde su lugar de nacimiento, en las colonias de la provincia de Santa Cruz, hacia el norte en busca de comida, tal como lo hacen todos los años.

– ¡No puedo esperar a llegar! – se decían unos a otros.

– ¿Cuánto falta? Miren que me parece que no llego – dijo uno mientras el resto nadaba sin problemas. Los pingüinos del grupo se rieron.

– ¿Cómo no vas a llegar? Sos un pingüino de Magallanes, está en tu naturaleza hacer estos viajes. ¡Fuerza que ya llegamos! – respondió una de las pingüinas, que lucía hermosa.



Así se iban dando ánimo entre ellos, contando chistes y cantando canciones para pasar el tiempo mientras avanzaban en su viaje.

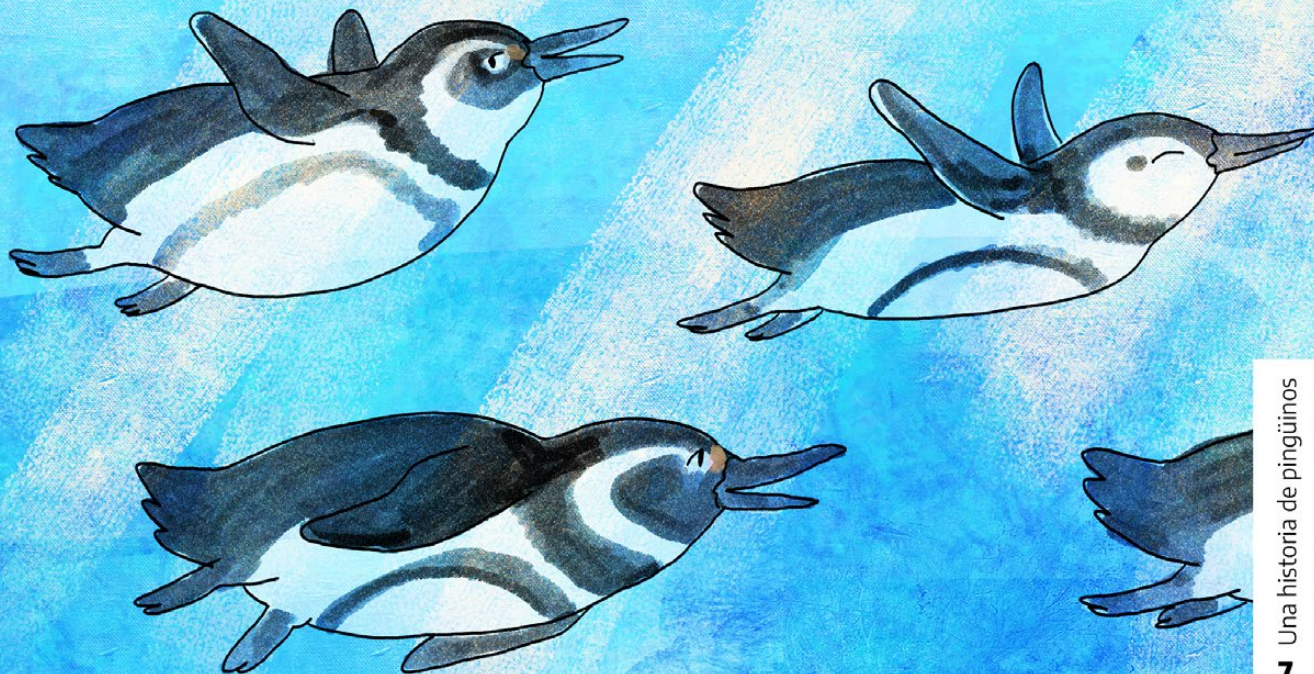
Cuando estaban a la altura de Berisso, en la provincia de Buenos Aires, el pingüino que venía medio cansado, dijo a sus compañeros:

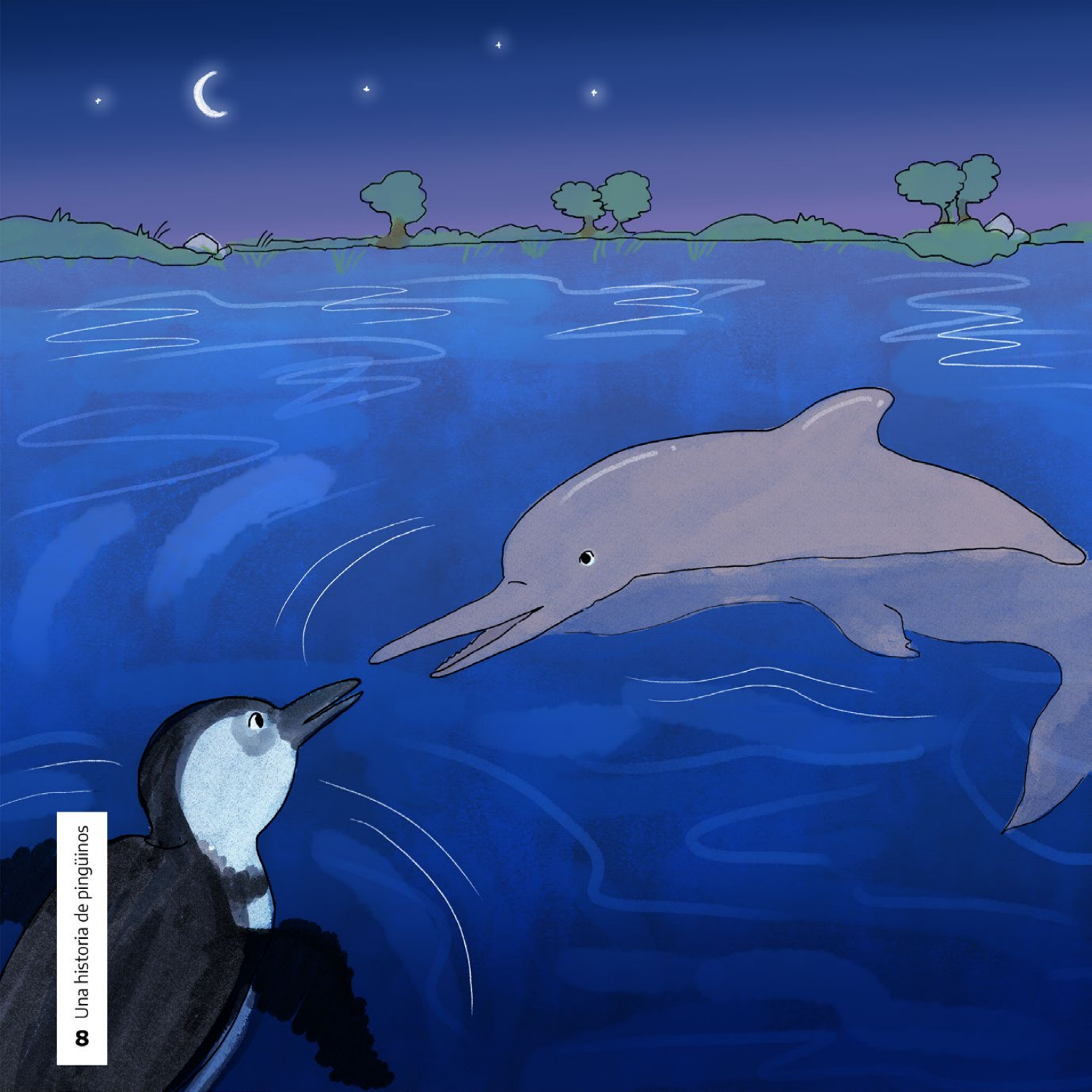
– ¿Alguien más tiene sed? ¡Me estoy muriendo! ¡Necesito tomar agua!

– ¡Eso es por todas las anchoas que te comiste en el almuerzo! – le respondió la pingüina.

Pero a medida que nadaban y nadaban, más cansado y más sediento se sentía el pobre pingüino.

– Yo voy a parar a descansar un rato – avisó al grupo.





¿Pero dónde puede descansar un pingüino en medio del mar?, se preguntó. “Lo mejor cuando no se sabe el camino, es preguntar a un habitante del lugar”, recordó que le había aconsejado el pingüino más sabio del grupo.

Así que el pingüino sediento se acercó a una delfín franciscana que observó que jugaba al borde de la corriente oceánica.

– ¡Hola señora delfín! ¿Sabría decirme dónde puedo descansar un poco? Viajo a la Patagonia y necesito un leve descanso.

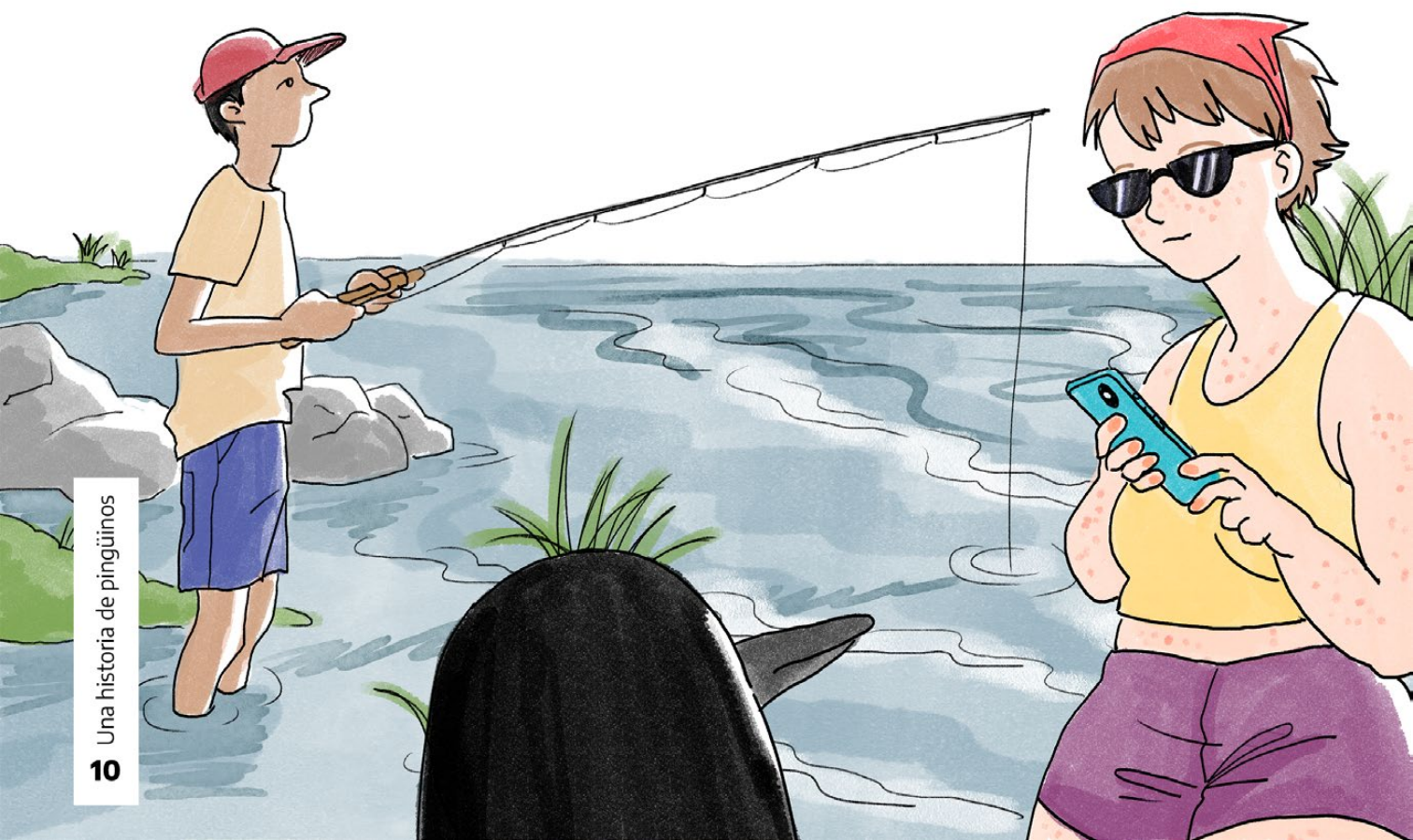
– Si querés descansar, aprovechá que es de noche y acostate un poco en la costa – le aconsejó la delfín – Pero tenés que tener cuidado de volver al agua cuando salga el sol, porque en la costa pueden aparecer seres extraños – le advirtió.

El pingüino se despidió y encaró rumbo a la costa, como le indicó la delfín. Cuando llegó a la orilla, agotado de tanto viajar y chapotear, se recostó mirando el cielo estrellado. Aunque no quería dormirse para estar alerta, pensó que sería buena idea cerrar un rato los ojos...



El pingüino se despertó sobresaltado, con muchos ruidos a su alrededor y con un sol brillante que iluminaba todo.

– ¡Me quedé dormido sin querer! – se lamentó el pingüino. Cuando pudo desperezarse y mirar a su alrededor, recordó lo que le había dicho la delfín. Un grupo de seres raros lo rodeaban, le disparaban con unos objetos que llevaban en sus manos y arrojaban luz.





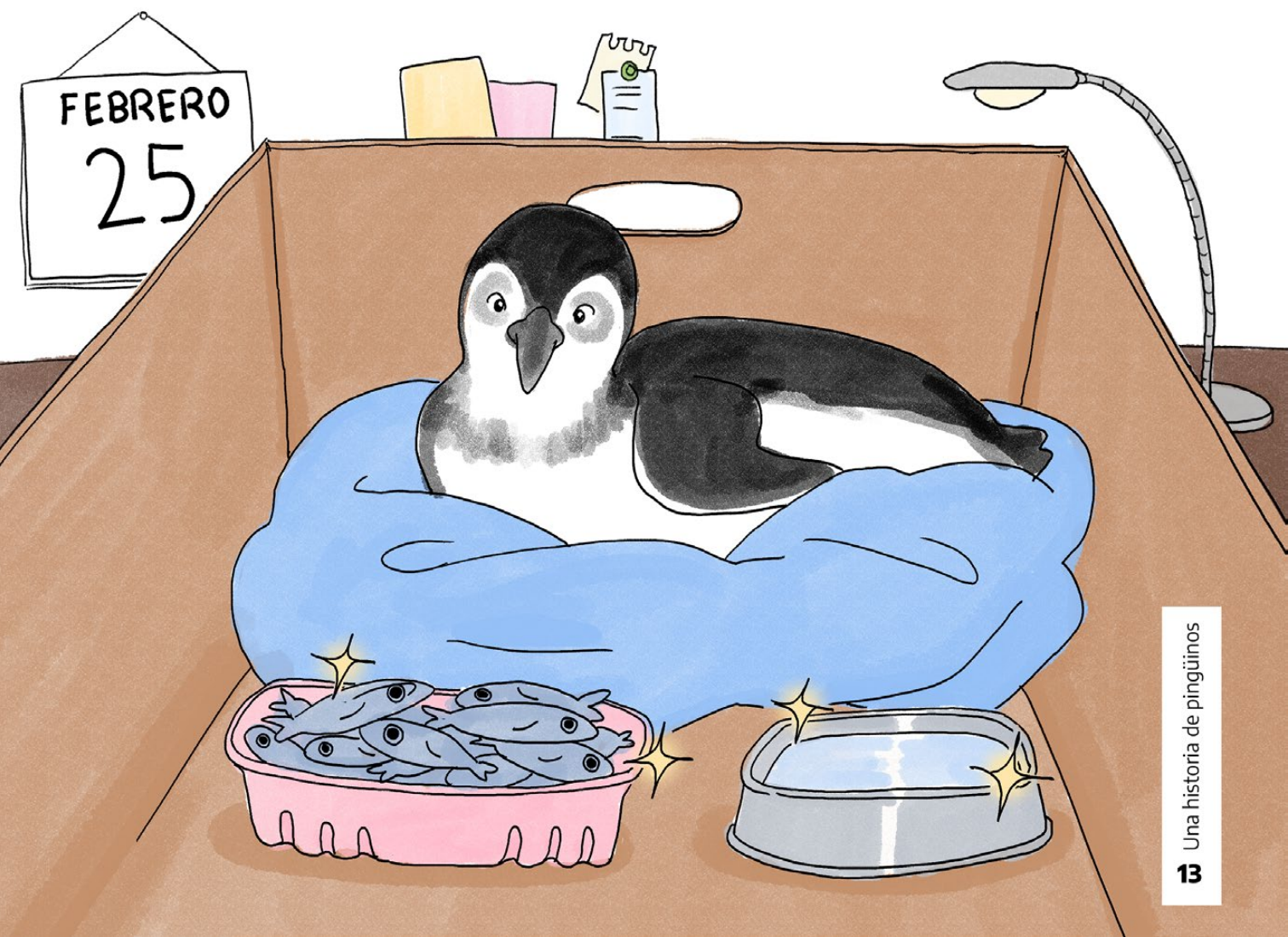
Uno de los seres se acercó lentamente al pingüino, lo rodeó con una manta suave y calentita, lo levantó en sus brazos y se lo llevó a upa.

– ¡Oiga, espere! ¿A dónde me lleva? ¡Mis amigos me están esperando para anidar en el sur! – El pingüino intentaba hablarles, pero no había caso, no le entendían.

Exhausto de intentar escaparse, el pingüino se quedó dormido de nuevo. Cuando despertó estaba en un nido improvisado dentro de una caja de cartón, con unos ricos pescados, agua limpia para beber y unas mantas muy suaves sobre las que descansar.



Algunos de los seres venían a verlo cada tanto, e incluso notó que lo trataban con cariño y que lo llamaban Néstor. Al pingüino le pareció un buen nombre, y decidió que los seres de la costa no eran tan malos como había advertido la delfín.



Más tarde, uno de los seres lo transportó con nido y todo a un lugar blanco y brillante, donde lo desenvolvieron y lo apoyaron en una mesa muy fría y metálica. Otro de los seres extraños lo revisó con mucho cuidado, escuchando su corazón y revisando dentro de su boca. Néstor se portó obedientemente.

– Estás deshidratado y agotado – le dijo la persona que lo revisó, y Néstor se quedó sorprendido de poder entenderle.



– ¿Hola? ¿Entendés lo que digo? – probó decir el pingüino.

– Sí, claro. Mi trabajo es entender a los pingüinos como vos, curarlos y cuidarlos. No tenes nada que temer – le respondió.

– Gracias por cuidarme – le dijo – Me dicen Néstor, seamos amigos a partir de ahora.

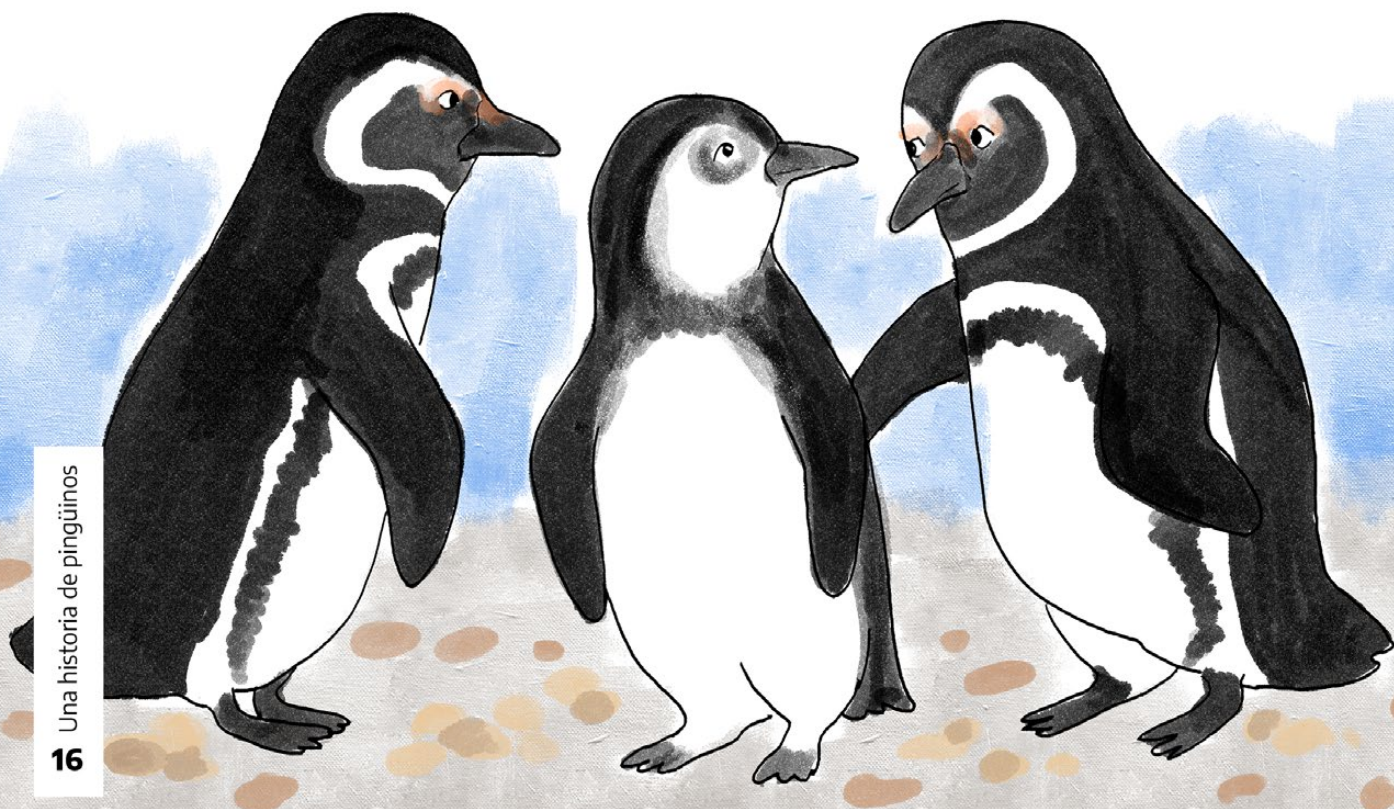
Al día siguiente, Nestor fue llevado a una fundación donde vivía un grupo de pingüinos magallánicos como él, que también habían sido encontrados en la costa.



– ¡Hola amigos! – saludó Néstor con alegría cuando los pingüinos, curiosos, lo rodearon.

– Un nuevo pingüino – dijo la pingüina más grande del grupo – Bienvenido, compañero. Mi nombre es Yuyu. ¿Cómo llegaste acá?

Néstor les contó su historia. Los pingüinos festejaron su llegada con un banquete de sardinas y un show de nado sincronizado. Néstor estaba feliz de estar de nuevo entre pingüinos como él.





Luego de un mes de convivir en el refugio, Néstor fue elegido por sus compañeros para que fuera el encargado de transmitirle a las personas que querían volver a sus hogares, con todos los otros pingüinos.

Cuando el encargado de la comida apareció con su balde de anchoas, como todos los días, para alimentarlos, Néstor se acercó y le dijo con mucha seriedad:

– Gracias por cuidarnos y alimentarnos por tanto tiempo, amigo. Pero los pingüinos creemos que es hora de volver al mar y continuar nuestro viaje – aseguró.

– Ahora que están fuertes y recuperados, les prometo que vamos a ayudarlos a que puedan seguir su camino – contestó el cuidador.



Y así fue que una tarde nublada, Néstor y todo el grupo de pingüinos recuperados fueron llevados a la playa. Los pingüinos estaban locos de contento, gritaban de alegría y bailaban sobre la arena mojada.



Antes de marcharse, Néstor miró atrás, a los seres que lo habían rescatado.

– Gracias por todo, amigos de la costa. Hasta la próxima vez – los saludó.

Y corrió tras su nuevo grupo de compañeros pingüinos, que chapoteaban rápidamente hacia el agua y se tiraban de panza entre las olas. Juntos entraron al mar y juntos continuaron su camino hacia la Patagonia, donde los esperaban nuevas aventuras.





“Una historia de pingüinos” está basado en hechos reales
ocurridos en 2022 en la costa bonaerense.
Consultá la crónica completa escaneando el siguiente código QR:





